

Tortuga laúd

Emergen del mar en ciertas playas, siempre las mismas, y siempre durante la noche. Se desplazan con un gran esfuerzo debido a su tamaño (más de dos metros de largo por dos de ancho) y a su peso, que puede alcanzar casi una tonelada. Resoplando, lentamente llegan a un sitio en la arena en donde con sus aletas traseras cavarán un agujero y depositarán sus huevos, un tesoro invaluable ahora más que nunca, debido a que al parecer la extinción de esta tortuga es casi un hecho. Y es una gran tragedia que la tortuga laúd, la más grande, antigua y que tuvo el rango de distribución más amplio de todas las tortugas marinas, haya habitado nuestro planeta por más de 100 millones de años (cerca de 96 millones de años más que los seres humanos), para desaparecer en menos de dos décadas. Es decir, sobrevivió a la extinción masiva de los dinosaurios y muchas otras especies hace unos 65 millones de años, a enormes depredadores y a cambios drásticos en el clima, pero quizá no sobreviva a la acción del *Homo sapiens*. El número de hembras que llegan a desovar a las playas de cuatro países (México, Costa Rica, Indonesia y Malasia), ha disminuido en más del 95% en los últimos 22 años y se calcula que el número de hembras que desovaron en todas las playas del Océano Pacífico durante la última temporada no supera 1 500. Las poblaciones de México se han reducido 20% por año durante los últimos 10 años, para llegar en el 2002 a no más de 45 individuos.



Foto: NOAA

La extinción es para siempre, por lo que debe evitarse a toda costa. Existen experiencias de especies que se salvaron de la desaparición mediante acciones claras y decididas. Un caso cercano al de la laúd es el de la tortuga lora, también marina, que estuvo muy cercana a extinguirse a mediados de los años 80 y gracias a una serie de medidas de protección su población aumenta entre 11 y 13% cada año.

La tortuga laúd es una especie migratoria y por ello para intentar salvarla es necesaria la cooperación internacional. Con este fin, durante la pasada reunión de la *American Association for the Advancement of Science*, científicos interesados en el destino de esta gran tortuga propusieron dos estrategias fundamentales: 1) desarrollar e implementar modificaciones al equipo de pesca que permita a las tortugas escapar de las redes donde caen y mueren como parte de la pesca incidental; 2) estudiar a fondo la distribución espacial y temporal tanto de las tortugas como de los barcos que pescan en aguas internacionales para poder determinar zonas y temporadas de veda. Estudios recientes sugieren que la captura incidental de tortuga laúd es 10 veces mayor en los barcos que pescan pez espada que en los atuneros, por lo que reducir el consumo de pez espada ayudaría a la conservación de las tortugas laúd. Si no tomamos en serio la protección de esta especie, la duda no será si desaparece o no de la faz de la Tierra, sino en que momento lo hará.

El significado en ciencia

Para nada —diría un descreído—; nadie está escuchando”. “Para que dios nos oiga y nos ayude con nuestros problemas”, repondría un creyente.

Ambas respuestas son incompatibles, pues parten de visiones distintas del mundo. La visión religiosa parte de la fe en la existencia de una entidad superior. La del no creyente, de la ausencia de tal fe.

La visión científica del mundo, a falta de fe en entidades *sobrenaturales*, se conforma con explicar el mundo a partir de lo *natural*, y se abstiene de proponer hipótesis que vayan más allá de lo que puede verse, tocarse, medirse, comprobarse. (La fe, en cambio, por definición no necesita de pruebas, o deja de ser fe).

No obstante, de vez en cuando un grupo de personas somete a prueba el poder de la fe. Se investigan, por ejemplo, los efectos de la oración para sanar enfermos. Normalmente los estudios toman la siguiente forma: se disponen dos grupos similares de pacientes, y se organiza a un conjunto de creyentes que rezan por los pacientes del grupo A; nadie reza por el grupo B. Luego se estudia estadísticamente la salud de ambos grupos y se ve si la del grupo A mejoró más que la del B.

Los resultados suelen ser confusos, pero todo parece indicar que no hay ningún efecto real de las oraciones sobre la salud de los pacientes. Y, sin embargo, otro tipo de estudios parecen mostrar que rezar sí puede tener un efecto benéfico en la salud de un enfermo, sólo que por razones que no tienen nada de sobrenatural.

Al parecer, las personas que tienen una fe profunda y que rezan, o por quienes rezan familiares y amigos, son ligeramente más saludables que el resto. ¿Cómo explicar esto? La respuesta proviene de una disciplina surgida muy recientemente: la psico-neuroinmunología. Su campo de estudio, como lo indica su complicado nombre, son las relaciones entre el sistema inmunitario, el nervioso y la mente. Mediante estudios cuidadosos ha comenzado a mostrar que los estados mentales (el estrés, la depresión, o la ausencia de ellos, por ejemplo) ejercen, a través del sistema nervioso, una influencia sobre la inmunidad.

Esto permite esbozar una explicación de por qué las personas deprimidas sufren más infecciones y enfermedades degenerativas, mientras que las que cuentan con una amplia red de apoyo social —por ejemplo, quienes pertenecen a una comunidad religiosa— son más sanos.

Quizá, después de todo, rezar sí sirve de algo. Como diría un creyente, los caminos del señor son misteriosos.